

Amos Oz

Un descanso verdadero

Traducción del hebreo de Raquel García Lozano

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Primera parte:

Invierno

Un hombre se levanta y se va a otro lugar. Lo que el hombre deja detrás de él permanece detrás observándole. En el invierno del año sesenta y cinco Yonatan Lifschitz decidió dejar a su mujer y el kibbutz donde nació y creció. Tomó la determinación de irse y empezar una nueva vida.

Durante su infancia, su adolescencia y la época del servicio militar siempre estuvo rodeado por un estrecho círculo de hombres y mujeres que no dejaban de entrometerse en su vida. Empezó a sentir que esos hombres y mujeres le impedían acceder a algo a lo que él no podía seguir renunciando. Ellos hablaban a su manera de desarrollos positivos o de fenómenos negativos, y él apenas podía comprender ya el significado de esas palabras. Si a última hora de la tarde se asomaba a la ventana y veía pájaros volando en el ocaso, aceptaba con serenidad que al final todos esos pájaros morirían. Si en las noticias de la radio el locutor hablaba sobre el descubrimiento de indicios preocupantes, Yonatan se decía: Y qué. Y si por la tarde salía a dar un paseo por los cipreses abrasados que estaban en un extremo del kibbutz y alguien se topaba con él y le preguntaba qué hacía ahí, Yonatan contestaba con desgana: Sólo estoy dando una vuelta. Y de inmediato se repetía la pregunta con tono de sorpresa: ¿Qué haces aquí? Es un chico estupendo, decían de él en el kibbutz, pero muy introvertido. Él es así, decían, es muy sensible.

Ahora, con veintiséis años y un carácter reservado o reflexivo, le han entrado ganas de estar por fin completamente solo y de empezar a analizar las cosas por sí mismo, y es que a veces tenía la sensación de que su vida transcurría en una habitación cerrada, llena de palabras y humo, donde se discutía sin cesar y a voz en grito sobre algún tema que le era del todo extraño. Él no sabía de qué iba el asunto y no quería intervenir, sólo deseaba levantarse e irse a un lugar en donde quizá le estaban esperando pero no le esperarían siempre, y si se retrasaba, se retrasaba. Yonatán Lifschitz no sabía de qué lugar se trataba, pero sentía que no debía demorarse más. Benya Trotsky, a quien Yonatán nunca había visto ni siquiera en fotografía, Benya Trotsky, que huyó del kibbutz y del país en el treinta y nueve, seis semanas antes de que naciera Yonatán, era un teórico joven y entusiasta, un estudiante de Kharkov que por convicción se hizo obrero de las canteras de la Alta Galilea. Pasó algún tiempo en nuestro kibbutz y, en contra de sus principios, se enamoró de Eva, la madre de Yonatán, a la manera rusa: con lágrimas, promesas y confesiones apasionadas. Pero se enamoró de ella demasiado tarde, después de que Yolek, el padre de Yonatán, la hubiera dejado embarazada y ella se hubiera ido a vivir a su casa. Ese escándalo empezó a finales del invierno del treinta y nueve y acabó muy mal: después de muchas complicaciones, cartas, tentativas de suicidio, gritos detrás del pajar por las noches, análisis de la situación, esfuerzos por parte de las instituciones del kibbutz por calmar los ánimos y encontrar una solución razonable; después de una fuerte conmoción y una discreta terapia, por fin le llegó el turno a ese tal Trotsky de hacer la guardia nocturna del kibbutz. Le dieron una vieja Parabéllum y permaneció en su puesto toda la noche, pero de pronto, al amanecer, parece que le entró la desesperación y se dirigió a la lavandería para acechar a su amada. De repente salió de entre los arbustos y le disparó a bocajarro. Después, gimiendo igual que un perro herido, se fue corriendo como un loco hasta el establo y le pegó dos tiros a Yolek, el padre de Yonatán, que estaba terminando

de ordeñar, y también le disparó a nuestra única vaca, que se llamaba Stajánov. Finalmente, cuando al oír los disparos los miembros del kibbutz dieron la alarma y empezaron a perseguirle, el infeliz se fue detrás de un montón de basura y allí dirigió la última bala contra su frente.

Ninguno de esos disparos dio en el blanco y no se derramó ni una sola gota de sangre, pero a pesar de todo el joven enamorado huyó del kibbutz y del país, y al final, después de múltiples y complicadas peripecias, se convirtió en una especie de magnate en una cadena de hoteles de Miami, una ciudad de veraneo al este de América. Una vez envió una importante suma de dinero para construir una sala de música en el kibbutz y otra vez escribió una carta, en un hebreo extraño, en la que amenazaba con ser el verdadero padre de Yonatán Lifschitz, o se jactaba de ello, o tal vez sólo se ofrecía voluntario para serlo. De joven, en la estantería de la casa de sus padres, entre las páginas de una vieja novela hebrea titulada *Har ha-Tsofim*, de Israel Zarji, Yonatán encontró una hoja amarillenta con un poema de amor de estilo bíblico que, al parecer, fue escrito por Benyamín Trotsky. En el poema el enamorado se llamaba Eliezer de Mareshá y la amada, Azuvá bat Shiljí. El poema se titulaba: «Pero sus corazones no eran sinceros». En la parte inferior de la hoja había unas palabras añadidas a lápiz con una caligrafía algo distinta, una letra redonda y serena, pero Yonatán no podía descifrarlas porque estaban escritas en caracteres cirílicos. Durante todos esos años sus padres no mencionaron nada sobre el amor y la huida de Benyamín T.; sólo una vez, durante una fuerte discusión, Yolek utilizó las palabras «Tvoj komediant», y Eva contestó, sin gritar, pero nerviosa: «Ty zboju. Ty morderco»¹.

Algunas veces los veteranos del kibbutz decían: «Es fantástico. A un metro y medio como mucho y ese payaso no consiguió darle ni a la vaca. A un metro y medio».

¹ «Eres un criminal. Eres un asesino» (polaco). (*N. del A.*)

Yonatán trataba de imaginarse un lugar diferente, un lugar apropiado para él, una nueva posibilidad de trabajar a gusto y de descansar sin sentirse rodeado.

Su plan era irse lo más lejos posible, a un lugar que no se pareciese en nada al kibbutz, ni a los campamentos juveniles, ni a las bases militares, ni a las bases de maniobras en el desierto, ni tampoco a las casetas donde los soldados hacen autostop, castigadas por vientos sofocantes y donde siempre huele a zarzas y a sudor, a polvo y orina reseca y agria. Tenía que llegar a un entorno completamente distinto, quizá a una verdadera gran ciudad, a una ciudad extranjera que tenga un río con puentes, torres, túneles y fuentes con monstruos de piedra tallada echándose chorros de agua unos a otros, fuentes donde cada noche el agua sea tocada desde el fondo por la luz eléctrica y donde a veces una mujer se detenga de cara a la luz del agua, dando la espalda a la plaza empedrada; uno de esos lugares lejanos donde todo es posible y todo puede suceder: éxito repentino, amor, peligros, encuentros extraños.

Y se imaginaba escabulléndose con pasos sigilosos de depredador por los pasillos alfombrados de un edificio frío, entre ascensores, porteros y focos redondos vigilando desde el techo, en medio de personas extrañas que van a lo suyo; y su cara, como la de ellos, permanecería totalmente impasible.

Entonces se le ocurrió cruzar el charco, prepararse por su cuenta las pruebas de acceso a la universidad y mantenerse mientras tanto con cualquier trabajo que se le presentase: vigilante nocturno, supervisor de algún aparato o mensajero de una firma privada, como había visto en un pequeño anuncio, en la sección de ofertas de empleo del periódico. No tenía la menor idea de lo que se hace en un servicio de mensajería privada, pero su corazón le dijo: Amigo, esto es para ti. Se imaginaba a sí mismo controlando aparatos modernos con cuadros de mando y luces centelleantes, entre hombres seguros de sí mismos y mujeres perspicaces y ambiciosas. Por fin viviría solo en una habitación alquilada en la planta alta de un edificio alto, en una ciudad extraña

de América o quizá de la Europa de las películas, y allí se aplicaría por las noches en las pruebas de acceso, después entraría en la universidad, elegiría una profesión, emprendería el camino abierto ante él y se dirigiría hacia esa meta en donde le estaban esperando pero no le esperarían siempre, y si se retrasaba, se retrasaba. En cinco o seis años, pensaba Yonatán, terminaría sus estudios a toda costa y, a América o a donde fuera, llegaría a esa meta, y entonces empezaría a ser un hombre libre y a vivir su propia vida.

A finales del otoño Yonatán se armó de valor y le insinuó sus planes a Yolek, su padre, que era el secretario del kibbutz.

Es cierto que fue su padre, y no Yonatán, quien empezó a hablar. Un día, al atardecer, Yolek llevó a Yonatán al pie de la escalera de piedra que conduce al centro cultural y le rogó que aceptara la dirección del taller mecánico.

Yolek era un hombre de complexión fuerte, enfermizo, dibujado desde los hombros con líneas rectas y muy marcadas, como una caja bien embalada, pero tenía la cara sombría y llena de surcos y bolsas, como si fuera un vividor envejecido y no un socialista veterano y reconocido.

Yolek expuso su petición en voz baja, como si estuviera conspirando. También Yonatán, un chico alto, flaco y un poco alocado, hablaba en voz baja. Un viento húmedo soplaba a su alrededor. La tarde estaba nublada, con esa luz que aparece cuando escampa. Estaban hablando de pie. Había allí un banco desgastado por el agua y totalmente cubierto de hojas de nogal mojadas. Hojas como ésas ya habían enterrado también algunos aspersores rotos y un montón de sacos húmedos. Yonatán miraba insistentemente los montones de hojarasca porque no quería mirar a su padre. Pero también le parecía que el banco, los sacos y los aspersores rotos tenían una extraña petición que hacerle, y de pronto estalló, como estalla la gente tranquila, en voz baja y muy deprisa: no, no hay nada de qué hablar, no aceptará la dirección del taller mecánico porque, primero, ya está traba-

jando en los campos de árboles frutales y ahora es la época de la recogida de pomelos; hoy no han podido trabajar por culpa de la lluvia, pero cuando se sequen un poco volverán al trabajo. Y además, ¿qué tengo que ver yo con el taller?

—Ésta sí que es buena —dijo Yolek—, ahora nadie quiere trabajar en el taller mecánico. Felicidades. Hace unos años había peleas porque todos querían ser mecánicos y ahora a nadie le gusta trabajar con máquinas. Escitas. Hunos. Tártaros. No me refiero a ti en concreto. Estoy hablando en general. De los jóvenes del Partido Laborista o de los jóvenes escritores, por ejemplo. Da lo mismo. Te pido que aceptes la dirección del taller, al menos hasta que se encuentre una solución definitiva. Espero que a ti se te pueda pedir un favor así, o al menos que salga de tu boca una explicación razonable y no disculpas caprichosas.

—Mira —dijo Yonatan—, sencillamente creo que no soy apropiado para eso. Eso es todo.

—Apropiado —dijo Yolek—, creo, no creo, apropiado, inapropiado. ¿Qué es esto, una compañía de teatro? ¿Acaso estamos buscando a un actor apropiado para representar el papel de Boris Godúnov? Te pido por favor que me expliques de una vez por todas qué significa para vosotros todo eso de apropiado, inapropiado, realización personal, disculpas, caprichos. ¿Qué pasa, que el trabajo en un taller mecánico es una especie de vestido? ¿Un perfume? ¿Agua de colonia? ¿Qué significa «inapropiado» cuando estamos hablando de un puesto de trabajo, eh?

Durante ese invierno el padre y el hijo sufrieron una ligera alergia: Yolek estaba ronco y le costaba respirar, y Yonatan tenía los ojos enrojecidos y un poco llorosos.

—Mira —dijo Yonatan—, te digo que eso no es para mí. ¿De qué te va a servir enfadarte conmigo? Primero, yo no estoy hecho para ese trabajo en el taller. Ya lo sabes. Segundo, ahora tengo algunas dudas sobre mi futuro. Y tú te plantas aquí a discutir conmigo sobre los jóvenes del Partido Laborista y todo eso, y no te das cuenta de que nos estamos mojando. Mira, ha empezado a llover.

Yolek entendió otra cosa, o tal vez entendió bien pero prefirió no presionar. Sea como fuere, dijo:

–Vale, está bien. Piénsatelo unos días y después me contestas. No pretendo que me des una respuesta ahora. En otro momento volveremos a hablar de todo este asunto, cuando estés de mejor humor. ¿Qué hacemos aquí de pie? Llevamos toda la tarde discutiendo y nos estamos mojando. Adiós. Por favor escucha, es mejor que te cortes un poco el pelo: mira qué pinta tienes. ¿Qué estás tramando?

Un sábado, cuando Amós, el hermano pequeño de Yonatán, llegó del servicio militar con un corto permiso, Yonatán le dijo:

–¿Por qué hablas tanto del año que viene? No tienes ni idea de dónde estarás el año que viene, ni yo tampoco.

Y a Rimona, su mujer, le dijo:

–¿Crees que me hace falta un corte de pelo?

Rimona le miró. Sonrió desconcertada y con cierto retraso, como si le hubiesen hecho una pregunta delicada o incluso algo comprometedor. Después dijo:

–Te queda bien el pelo largo. Pero si te molesta, eso ya es otra cosa.

–¡Qué me va a molestar! –dijo Yonatán. Y se calló.

Le resultaba difícil separarse de los olores, los sonidos y los colores que le habían acompañado desde su niñez. Amaba el olor de la tarde cayendo despacio sobre la hierba cortada los últimos días del verano: junto a las adelfas tres perros callejeros luchan con furia por un zapato roto. Un viejo pionero, cubierto con un gorro, lee un periódico en medio del camino, al atardecer, y sus labios se mueven como rezando. Por delante de él pasa una anciana, no le saluda con la cabeza debido a viejas desavenencias, en la mano lleva un cubo azul lleno de verduras, huevos y pan recién hecho. Yonatán, le dice con ternura, mira esas margaritas al extremo del prado, son tan blancas y limpias como la nieve que caía en invierno en nuestra Lopatyn. Y un sonido de flauta llega

desde las casas de los niños entre el trinar de los pájaros, y más allá, hacia el oeste, detrás de los campos de árboles frutales, junto a la puesta de sol, pasa un tren de mercancías y la locomotora gime dos veces. Lo sentía por sus padres y por las tardes de sábado y las fiestas, cuando los miembros del kibbutz y los niños se reunían en el centro cultural, casi todos vestidos con ropa de fiesta blanca y bien planchada, y cantaban viejas canciones. También lo sentía por la caseta de uralita en medio del campo de árboles frutales, donde solía esconderse robándole unos veinte minutos al trabajo para leer a solas el periódico deportivo. Por Rimona. Por el espectáculo de la salida del sol, como un baño de sangre, en verano, a las cinco de la madrugada, entre las rocas de las colinas orientales, entre las ruinas del pueblo árabe abandonado de Sheij Dahr. Por las excursiones de los sábados a esas mismas colinas y a esas ruinas, él con Rimona o él con Rimona, Udi y Anat, y a veces él solo.

En todo este sufrimiento Yonatán encontraba motivos para enfadarse e incluso enfurecerse, como si volvieran a oprimirle y a exigirle que continuase renunciando a todo. Como si sus propios sentimientos se hubiesen aliado con el resto de las fuerzas que no dejaban de hacerle daño. Llevo toda mi vida cediendo y cediendo ya cuando era pequeño me enseñaron que lo primero era ceder y en clase ceder y en los juegos ceder y reflexionar y dar un paso hacia delante y en el servicio militar y en el kibbutz y en mi casa y en el campo de juego ser siempre generoso ser como es debido no ser egoísta no hacer travesuras no molestar no empecinarse tenerlo todo en cuenta dar al prójimo dar a la sociedad ayudar aplicarse en el trabajo sin ser mezquino sin calcular y lo que he conseguido con todo eso es que digan de mí Yonatán es una buena persona es un chico serio se puede hablar con él puedes dirigirte a él y entenderte con él comprende las cosas es un chico leal un hombre simpático pero ahora basta. Es suficiente. Se han terminado las renunciaciones. Ahora empieza otra historia.